



LIT
RA
RIA



Flannery
O'CONNOR

EL NEGRO
ARTIFICIAL

y otros escritos

Literaria

18

Serie dirigida por Guadalupe Arbona

Flannery O'Connor

El negro artificial y
otros escritos

Traducción de María José Sánchez Calero

Prólogo de Guadalupe Arbona



Título original: *Anthology of essays and short stories*

© Mary Flannery O'Connor Charitable Trust, 2017

Primera edición: noviembre 2000

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2019

© Del prólogo: Guadalupe Arbona

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-9055-980-2

Depósito Legal: M-26553-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

PRÓLOGO
LO QUE NOS SACA DE QUICIO. NOTAS A LOS
CUENTOS DE FLANNERY O'CONNOR

Guadalupe Arbona Abascal

Sí, era audaz esta señorita del Sur llamada Flannery O'Connor. Desde luego, tenía urgencia en decir lo que tenía que decir. Su enfermedad degenerativa, más que restarle fuerzas, fue acicate para una escritura intensa y vibrante. Además, en el tiempo que tuvo —murió con treinta y nueve años— logró escribir dos novelas y dos colecciones de cuentos que sacuden a los lectores hasta las entrañas, siempre y cuando estos se dejen. Es unánime que sus escrituras lo logran eficazmente y que sus historias escuecen. Se necesita ser muy osada para poner en el centro de un relato a un preso fugado que asesina a toda una familia para averiguar si la vida vale la pena («Un hombre bueno es difícil de encontrar»). Como se requiere cierto arrojo para pintar el orgullo de una granjera que, delante de una pocilga llena de cerdos, ve el final de los tiempos («Revelación»). Sin duda hay que ser muy valiente para poner la esperanza de un niño maltratado en las promesas de un predicador loco («El río»). Y exige mucha resolución el hacer

descansar la identidad de un pobre diablo en el tatuaje que se hace en la espalda («La espalda de Parker»). Y algo más que intrépida para reconciliar a un abuelo y un nieto ante la estatuilla rota y maltrecha de un negro artificial («El negro artificial»). Estos son algunos de los acontecimientos centrales de los cuentos de la escritora Flannery O'Connor que presenta esta traducción.

¿Qué es lo que veía Flannery O'Connor para darnos esta serie de mundos imaginarios? Esta es una pregunta que me he hecho muchas veces y que me han formulado amigos y lectores descolocados por la arriesgada comicidad de Flannery y la resuelta ferocidad de las situaciones que pinta. Propongo una hipótesis. Para ello me apoyo en dos frases de la escritora que vienen en mi ayuda. Son dos textos de su colección de reflexiones titulada *Misterio y maneras*. La primera ofrece una imagen que señala la confianza que Flannery tenía en la escritura y la lectura. La O'Connor cree que la palabra literaria debe ser de tal potencia que pueda abrir los oídos de los sordos y los ojos de los ciegos. Para eso escribe: para lograr el milagro de la vista y la escucha. Es decir, sus historias proponen un cambio tan importante que suponga la recuperación de una mirada que, tal vez, se puede haber perdido viendo, y una escucha que, a lo mejor, se puede haber perdido oyendo. Es decir, ella —mujer enferma que se mira con ternura aún sabiendo de toda su fragilidad— pide a sus lectores lo más difícil: que abran de manera eficaz su sistema perceptivo para volver a ver y escuchar de nuevo. «A los duros de oído se les grita, y a quienes están casi ciegos se les dibujan figuras grandes y llamativas» (47). Por eso, para leer a la sureña es necesario sentirse ciego y

sordo; y, además, dispuesto a abrir los ojos y a destaponarse los oídos.

He aquí la enorme pretensión de la escritora. Lo que nos conduce a la segunda pregunta: ¿qué es capaz de realizar estas cosas extraordinarias? De nuevo es ella la que nos contesta: «la literatura es en gran medida un arte de la encarnación» (83). Esta frase permite varias interpretaciones. Un primer nivel, y el más obvio, es que creando un personaje se encarna la vida, escribiendo sobre un paisaje se hace posible el tránsito por él, e imaginando un tiempo se puede uno desplazar por una cronología... y así por su orden todas esas maravillas que permite la ficción. Cada escritor sabe bien qué es lo que quiere encarnar. La aspiración de Flannery era muy alta porque quiso encarnar aquello que era para ella más digno de estima, es decir, la encarnación de lo divino. Sus historias quieren reproducir ese gesto de Dios que se inclina sobre las miserias de los hombres y mujeres. No las teme, se mezcla con ellas. No lo hace de manera pacífica, ni sentimental, porque el hecho de la encarnación de lo divino es, en la percepción de la escritora, de una rara naturaleza —apabullante, insólito, extraordinario—. Y su irrupción se realiza desconcertando, desordenando, revolucionando, como si se tratase de una gran sacudida.

Ella sabía que los lectores para los que escribía ya no eran cristianos, o eran cristianos cansados, pero no podía dejar de ver cuando escribía que el factor que estaba en el centro de su visión, un Dios encarnado, hacía que la vida se abriese de par en par. Que fuese reconocido ya no era asunto de ella. Lo que sí sentía como crucial era la urgencia de ponerlo delante de sus lectores y, haciéndolo, abrir sus ojos y sus oídos. De ahí su audacia. Lo logró. Y por eso nos saca de quicio.

EL NEGRO ARTIFICIAL
Y OTROS RELATOS

EL NEGRO ARTIFICIAL

Cuando se despertó, el señor Head descubrió que la habitación estaba iluminada por la luz de la luna. Se sentó y miró fijamente las tablas del suelo color plata y después el terliz de su almohada, que parecía ser brocado, y al momento vio la mitad de la luna a un metro de distancia en el espejo de afeitarse, parada, como si estuviera pidiendo permiso para entrar. Rodó hacia delante y arrojó una luz dignificante sobre todo. La sencilla silla que estaba apoyada en la pared parecía firme y atenta, como si estuviera esperando una orden, y los pantalones del señor Head que estaban colgados en el respaldo tenían un aire casi noble, como si se los acabara de dar un hombre de la nobleza a su criado; pero la luna tenía la cara seria. Contemplaba la habitación y lo que había detrás de la ventana, donde ella flotaba sobre el establo, y parecía contemplarse a sí misma con la mirada de una persona joven que ve ante sí la perspectiva de la vejez.

El señor Head le podía haber dicho que la edad era una bendición y que solo con los años puede el hombre adquirir ese entendimiento sosegado de la vida que lo convierte en un guía adecuado para la juventud. Esta, al menos, había sido su propia experiencia.

Se sentó y se agarró a los barrotes de hierro de los pies de la cama, incorporándose hasta que pudo ver la esfera del despertador, que estaba encima de un cubo boca abajo, junto a la silla. Eran las dos de la madrugada. La alarma del despertador no funcionaba, pero él no dependía de ningún medio mecánico para despertarse. Sesenta años no habían podido debilitar sus reflejos; sus reacciones físicas, como las morales, estaban guiadas por su voluntad y por su fuerte carácter, y esto se podía ver claramente en su rostro. Tenía la cara muy alargada, con la mandíbula redondeada y la nariz larga y deprimida. Sus ojos eran vivos, pero tranquilos, y a la milagrosa luz de la luna tenían un aspecto de serenidad y de vieja sabiduría, como si pertenecieran a uno de los grandes consejeros de la humanidad. Podía haber sido Virgilio, llamado a medianoche para ir a ver a Dante o, mejor, Rafael, despertado por una ráfaga de luz de Dios para que volara al lado de Tobías. El único sitio oscuro de la habitación era el jergón de Nelson, bajo la sombra de la ventana.

Nelson estaba tendido de costado y encogido, con las rodillas bajo la barbilla y los talones bajo el trasero. Su traje y su sombrero nuevos seguían en las cajas en las que los habían enviado. Las cajas estaban en el suelo, a los pies del jergón, donde las podía alcanzar con la mano nada más despertarse. El jarro de agua, que estaba fuera de la sombra y se veía blanco como la nieve a la luz de la luna, parecía vigilarlo como un pequeño ángel de la guarda. El señor Head se volvió a tumbar en la cama, sintiéndose totalmente seguro de que podría cumplir la misión moral del día siguiente. Pensaba levantarse antes que Nelson y tener el desayuno preparado cuando se levantara. El chico siempre se molestaba cuando el señor

Head se levantaba primero. Tendrían que salir de casa a las cuatro para llegar al empalme del ferrocarril antes de las cinco y media. El tren debía llegar a las cinco cuarenta y cinco y tenían que estar a tiempo, porque iba a parar allí solo para recogerlos.

Este iba a ser el primer viaje del chico a la ciudad, aunque él decía que sería el segundo porque había nacido allí. El señor Head había intentado hacerle ver que cuando nació no tenía el suficiente uso de razón para darse cuenta de dónde estaba, pero esto no causó el menor efecto en el chico, y el muchacho continuó insistiendo en que este iba a ser su segundo viaje. Sería el tercero del señor Head. Nelson había dicho:

—Habré estado allí dos veces y solo tengo diez años.

El señor Head lo contradijo.

—Si no has estado allí desde hace quince años, ¿cómo sabes que no te vas a perder? —preguntó Nelson—. ¿Cómo sabes que no ha cambiado?

—¿Me has visto alguna vez perdido? —preguntó el señor Head.

Nelson nunca lo había visto perderse, pero era un chico que no quedaba nunca satisfecho si no daba una respuesta insolente, y contestó:

—Aquí no hay ningún sitio donde perderse.

—Llegará el día —profetizó el señor Head— en que descubras que no eres tan listo como crees que eres.

Había estado pensando en este viaje durante varios meses, pero en su mayor parte lo concebía en términos morales. Debía ser una lección que el chico no olvidara jamás. Debía descubrir que no tenía ningún motivo para estar orgulloso solo porque había nacido en una ciudad. Debía descubrir que

la ciudad no era un lugar magnífico. El señor Head quería que él viera todo lo que hay que ver en una ciudad, de forma que estuviera contento de quedarse en casa el resto de su vida. Se quedó dormido pensando en cómo el chico iba a descubrir por fin que no era tan listo como pensaba.

Lo despertó a las tres y media el olor de la carne al freírse y se bajó de la cama de un salto. El jergón estaba vacío y las cajas de ropa estaban abiertas, tiradas en el suelo. Se puso los pantalones y entró corriendo a la otra habitación. El muchacho estaba haciendo pan de maíz y había frito ya la carne. Estaba sentado en la semioscuridad de la mesa, bebiendo café frío en una lata. Llevaba puesto su traje nuevo y tenía metido hasta los ojos su sombrero gris nuevo. Era demasiado grande para él, pero lo habían comprado una talla más grande porque esperaban que le creciera la cabeza. No decía nada, pero todo en él mostraba su satisfacción por haberse levantado antes que el señor Head.

El señor Head se acercó a la hornilla y llevó la carne a la mesa en la sartén.

—No hay prisa —dijo—. Llegarás allí muy pronto, y quizás no te guste cuando la veas.

Se sentó frente al muchacho, cuyo sombrero caía ligeramente hacia atrás descubriendo su cara intensamente inexpresiva, con la misma forma que la del anciano. Eran abuelo y nieto, pero se parecían lo suficiente como para ser hermanos, y hermanos de edades no muy distintas, porque el señor Head tenía una expresión juvenil a la luz del día, mientras que el chico tenía aspecto de viejo, como si ya lo supiera todo y se alegrara de olvidarlo.

El señor Head había tenido esposa e hija y, cuando la esposa murió, la hija se escapó y después de un tiempo regresó con

Nelson. Más adelante, una mañana, no llegó a levantarse de la cama, se murió, y dejó al señor Head solo al cuidado del niño de un año. Había cometido el error de contarle a Nelson que había nacido en Atlanta. Si no se lo hubiera contado, Nelson no hubiera insistido en que ese iba a ser su segundo viaje.

—Puede que no te guste ni lo más mínimo —continuó el señor Head—. Estará llena de negros.

El chico puso cara de saber tratar a un negro.

—Bueno —dijo el señor Head—, tú no has visto nunca un negro.

—No te has levantado muy temprano —dijo Nelson.

—Nunca has visto un negro —repitió el señor Head—. No ha habido un negro en este condado desde que echamos al último hace doce años, y eso fue antes de que tú nacieras.

Miró al chico como si lo estuviera desafiando a decir que había visto un negro.

—¿Cómo sabes que yo no he visto nunca un negro cuando viví allí? —preguntó Nelson—. Probablemente vi muchos negros.

—Si viste alguno, no sabías lo que era —dijo el señor Head completamente exasperado—. Un niño de seis meses no puede distinguir a un negro de otra persona.

—Yo creo que reconoceré a un negro cuando lo vea —dijo el chico.

Se levantó, se puso derecho su resbaladizo sombrero gris y se fue fuera al retrete.

Llegaron al empalme del ferrocarril un rato antes de la hora en que el tren debía llegar y esperaron a medio metro de la vía. El señor Head llevaba una bolsa de papel con algunos bollos y una lata de sardinas para el almuerzo. Un sol naranja

ÍNDICE

Prólogo	5
El negro artificial y otros relatos	8
El negro artificial	11
El río	43
Un hombre bueno es difícil de encontrar	69
Las fiestas de Partridge	93
Los lisiados entrarán primero	129
Revelación	185
La espalda de Parker	219
El geranio	251
Ensayos	271
Naturaleza y finalidad de la narrativa	273
La Iglesia y el escritor de narrativa	293
Introducción a la biografía de Mary Ann	301
Apéndice	317

La presente antología recoge ocho cuentos representativos y algunos ensayos breves escritos por Flannery O'Connor en «Andalusia», la finca familiar en la que vivió sus últimos años mientras avanzaba su enfermedad degenerativa. Son historias que escuecen y sacuden las entrañas de quien las lee, en las que, con gran osadía, la escritora pone en el centro del relato acontecimientos y personajes inverosímiles: un preso fugado que asesina a toda una familia para averiguar si la vida vale la pena; una granjera que, delante de una pocilga llena de cerdos, ve el final de los tiempos; un niño maltratado que pone su esperanza en las promesas de un predicador loco; un pobre diablo que hace descansar su identidad en el tatuaje que se hace en la espalda, o un nieto y su abuelo que se reconcilian ante la visión de la estatuilla rota y maltrecha de un negro artificial. Con ellas, la O'Connor quiere «abrir los oídos de los sordos y los ojos de los ciegos», proponiendo un giro tan radical que conlleve la recuperación de una mirada que, tal vez, se puede haber perdido viendo, y de una escucha que, quizá, se puede haber perdido oyendo.



ISBN: 978-84-9055-980-2



9 788490 559802